

«Pues no se queje usted de esta calle», me dijo la mujer mientras quitaba el agua de un hoyo de la calle. «Hay otras que están mucho peor». Y añadió: «En la "tele" sacan lo más bonito de lo que hay».



EL PUEBLO DE LA TELE

SANTORCAZ, REALIDAD

LUIS GARANDELL

«PUES no se queje usted de esta calle», me dijo la mujer mientras con una escoba trataba de quitar el agua que se había quedado estancada en un hoyo grande que había en la mitad de la calle. «Hay otras que están mucho peor». Yo había hecho un comentario al pasar y ahora ella me explicaba que, claro, el agua baja mezclada con el veneno de esto de echar en el campo y luego beben los perros en el charco, o un niño puede tocar el agua y... «Pero en la "tele", dije yo, no salen estas cosas». Dejé de barrer un momento y dije: «Sacan lo más bonito de lo que hay». Y luego señalando una casa: «¿Ve usted esa fachada con la enredadera? Pues siempre la están sacando».

Puebla Nueva del Rey Sancho es el pueblo ideal de España, cuya crónica viene ofreciéndonos Televisión Española desde hace algo menos de un año. Un pueblo modelo con un alcalde modelo y un maestro ejemplar, que no solamente se preocupa de los niños que tiene encomendados, sino de todos los vecinos, sobre los que en todo momento está dispuesto a extender su paternal solicitud. Con un cartero simpático, un guardia muy humano y un curita joven y «moderno», pero comedido y con sotana, lo suficientemente posconciencia como para no llamar la atención y lo bastante tridentino como para no herir la susceptibilidad de capostotes con teléfono y de sus esposas. Un pueblo cuyos habitantes, de costumbres morigeradas y sencillas, viven generalmente en paz y armonía; donde si alguna vez alguno, amargado por las cosas de la vida

y del trabajo, muestra actitudes de desesperanza o da señales de egoísmo, es rápidamente reducido por los demás, por la fuerza de una persuasión razonable y cariñosa, a fin de restaurar en la Puebla Nueva del Rey Sancho la armonía momentáneamente rota. De hecho, la película no termina ningún domingo sin que se hayan despejado las reservas, aclarado los malentendidos, restablecido las amistades y reconciliado los pareceres. Sin que se hayan resuelto los problemas que el pueblo tiene en materia agrícola, ganadera, de sanidad pública, etcétera, etcétera. Cosillas, siempre hay, cómo iba a ser de otra manera, para eso somos humanos y, además, nadie es perfecto.

El pueblo elegido por Televisión Española para representar a la ideal y paradigmática Puebla Nueva del Rey Sancho se llama Santorcaz y está en la provincia de Madrid, a poco menos de cin-

uenta kilómetros de la capital. En Alcalá de Henares hay que tomar la carretera que va a Arganda y desviarse hacia Anchuelo. Santorcaz se encuentra a cuatro kilómetros de este pueblo, siguiendo la carretera que va al Pozo de Guadalajara. Es pueblo antiguo, de los más antiguos de España, y su fundación data al parecer del año 2250 antes de Cristo, atribuyéndose a los celtas. Fue ocupada por griegos, cartagineses y romanos, que la convirtieron en ciudad importante de la antigua Carpetania. Pero su actual fama no deriva del papel que desempeñó a lo largo de la Historia, sino del hecho de haber sido elegido como escenario de un programa político de gran audiencia. «Los domingos, esto se pone así de coches», dice José García, el propietario del bar «Casa Pepe». «Hasta de Barcelona vienen exprofeso para ver el pueblo». José García vende en su

establecimiento fotografías dedicadas de los actores que interpretan los personajes de la serie: Joaquín, el tabernero; Goyo, el alguacil; Dionisio; don Antonio, el maestro. Los turistas dominigueros tienen allí ocasión de conocer personalmente a los protagonistas de la Crónica real de Santorcaz, el verdadero alcalde, el verdadero maestro, el auténtico alguacil, Antonio García Tamayo, y luego, el tío Jarillo, el tío Lucero y otros personajes a menudo contratados como comparsas en los programas, a quienes la gente reconoce con vivas muestras de admiración y simpatía. El pueblo parece haber asumido plenamente su televisivo papel. No se habla de otra cosa, y en las conversaciones de los hombres en «Casa Pepe» se hace constante referencia al programa.

Dos equipos de televisión trabajan en Santorcaz todos los días, de siete de la mañana a tres de la tarde. El pueblo está «tomado» por los técnicos y los actores, y los vecinos, con las autoridades y fuerzas vivas al frente, se movilizan «para lo que haga falta». Treinta duros da el jefe de producción por actuar de comparsa, cantidad nada despreciable para las amas de casa, los niños o los viejos agricultores y pastores que ya no trabajan. Allí se les ve, desde por la mañana, en el bar de Pepe, esperando la contrata «o lo que caiga». Los ingresos más sañeados que Santorcaz recibe proceden del turismo. Se ha abierto en la plaza una «casa de comidas» para los visitantes del domingo. Mari Carmen, la confitera, fabrica rosquillas durante toda la semana, y Pepe, el del bar, ha



habilitado la trastienda y el jardín para comedor. Su señora, María Luisa, fue cocinera del marqués de Santo Floro, hijo del conde de Romanones, hombre fuerte, como se sabe, en estas carpetanas tierras de Madrid y Guadalajara.

Los responsables de Televisión Española advirtieron a los directores de «Crónicas de un pueblo» que el alcalde que saliera en el programa tenía que ser, y atención a la frase, porque es de antología, que el alcalde, repito, tenía que ser «joven, guapo y tractorista». El alcalde de Puebla Nueva del Rey Sancho está, por tanto, dentro de la mejor línea tecnocrática, y una de las cosas que hará en un próximo programa será casarse con una señora, con la que le hemos visto prometerse y que es concejal del pueblo, para que se vea que la mujer, en Puebla Nueva del Rey Sancho, tiene también opción a la vida pública. Lo que quería decir es que el alcalde de Santorcaz, don Ernesto Anchuelo, sin ser viejo, no es joven; sin ser feo, no es, ni creo que se considere, un hombre guapo. Y, finalmente, no es tractorista. El alcalde de Santorcaz, como tantos otros habitantes del pueblo, sale todas las mañanas a las seis hacia Alcalá de Henares, donde trabaja, y no regresa al pueblo hasta las seis de la tarde. De los seiscientos habitantes que tiene Santorcaz, alrededor de trescientos trabajan en las fábricas de Alcalá. El pueblo no tiene otros recursos que una pequeña zona de huerta al pie del cerro donde

el pueblo está construido, unas pocas cabezas de ganado ovino y tres mil hectáreas mal repartidas de tierra de secano, de producción muy escasa. Así, aunque la gente de Santorcaz es «de pueblo», su población, como ocurre en tantos otros pueblos de la zona de influencia de Madrid, ha quedado en gran parte englobada dentro del proletariado industrial urbano.

El día que estuve en Santorcaz, el alcalde estaba preocupado porque se le había averiado el motor que sube el agua del manantial del valle. Le llamaron a media mañana a la empresa donde él trabaja, en Alcalá, y le costó Dios y ayuda encontrar a alguien que instalara uno provisional para asegurar el abastecimiento del pueblo durante los días que necesitara la reparación. «Es un ahogadero, créame usted», decía refiriéndose a la situación que se le había presentado. Me dijo que una reparación así se lleva prácticamente todo el presupuesto del pueblo. «Pues esto, en la Puebla del Rey Sancho, no pasa», dije yo. Y él: «No, claro. Es que no es lo mismo llevarlo escrito que tenerlo que solucionar aquí». Y añadió, «En lo tocante a la cuestión, menuda es la diferencia».

Lo más digno de ser visitado que tiene Santorcaz es la iglesia, que es del siglo XIII, aunque con muchos añadidos posteriores. Tiene un bonito retablo, una estufa cajonera del siglo XVI y algunos cuadros, entre los que destaca un San Cristóbal, de Juan de Arellano. Junto a la igle-

sia, construida en la parte más alta del pueblo, pueden verse las ruinas del castillo, parte de la muralla y una torre que llaman «la torre hueca» y que, según dicen, se comunica, por un pasadizo secreto y no descubierto, con el castillo de Pioz, que dista de allí cuatro kilómetros. El castillo de Santorcaz es famoso en la Historia por haber servido de prisión a personajes ilustres de la Historia española. Allí estuvieron don Rodrigo Calderón, Francisco I de Francia, el cardenal Cisneros y la princesa de Eboli, entre otros. La villa de Santorcaz, que con el nombre de Orcada tuvo gran importancia en época romana, fue más tarde sede de los templarios y pasó después a ser residencia veraniega de los arzobispos de Toledo, al mismo tiempo que cárcel de clérigos o, como se dice en los cronicones antiguos, «horrorosa prisión», que fue utilizada para personajes distinguidos. El escudo de Santorcaz, en recuerdo de estos hechos, lleva una mitra y unas cadenas. Todavía al visitar la iglesia puede verse el lugar donde se abría una ventana que daba al interior del castillo y desde la cual los presos podían oír Misa. Del castillo queda hoy muy poco, pero su destrucción parece haberse consumado en tiempos recientes, porque me enseñaron fotografías en las que aparecían en pie las torres y gran parte de las murallas. La Dirección General de Bellas Artes no parece muy preocupada por su conservación y ha permitido, por ejemplo, que alguien construyera un chalet moderno dentro del recinto amurallado.

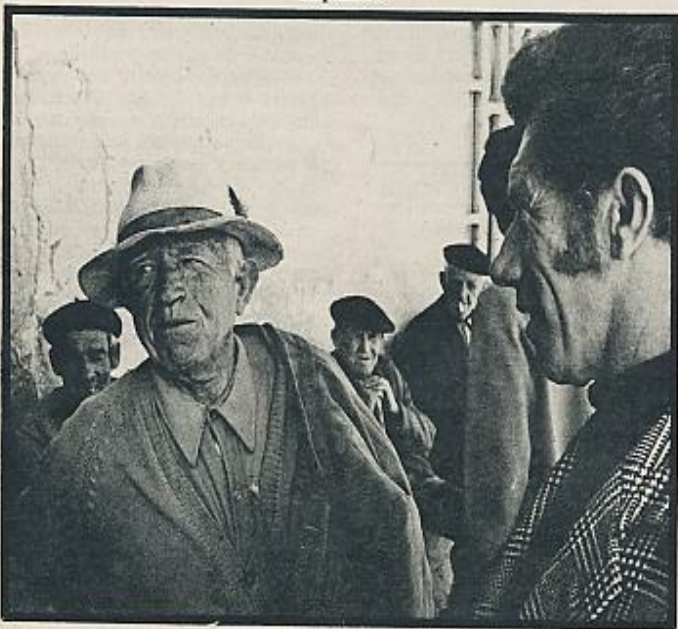
El tesoro más preñado de los habitantes de Santorcaz no está guardado en la iglesia, porque su situación en la parte alta del pueblo no ofrece garantías de protección. Se conserva en casas particulares. Yo visité una de ellas y la señora y la niña levantaron unas mantas que había sobre una cama y apareció un magnífico terno de pontifical, bordado en seda y oro, que perteneció al cardenal Cisneros y una capa magna del siglo XVIII. En una habitación contigua había una custodia de plata labrada del XVII y la cruz de plata del cardenal. En uno de los programas de las «Crónicas de un pueblo» aparecieron estos objetos. Unos ladrones llegados de la ciudad a la Puebla del Rey Sancho intentaban robar de noche los tesoros, y sólo el celo del señor cura y la solidaridad de los vecinos lo impedía. En Santorcaz pasó algo parecido, aunque, en cierto modo, al revés. Un señor cura que hubo en el pueblo vendió a unos gitanos por diez mil pesetas los tesoros de Cisneros. Los gitanos se las ingeniaron para pasarlos a Francia, y la Dirección General de Bellas Artes pudo recuperar-

los. Pero la odisea no acabó allí. La Dirección General no quería devolverlos, basándose en la escasa protección que tenían en el pueblo. Intervinieron en favor de los vecinos unos señores oriundos de Santorcaz y, como alguien me dijo, «de mucha mano» en Madrid, y los tesoros fueron devueltos previo pago de las diez mil pesetas en que se habían vendido.

Todas las personas del pueblo con quienes hablé coincidieron en que la persona que más sabía de la historia de Santorcaz era la señora María, que había tenido a su cargo la iglesia durante años. Fui a ver a la señora María y me contó muchas cosas, algunas de las cuales ya he dicho. Me confirmó lo de la venta del tesoro y añadió que en la guerra les habían quitado tres Grecos que pertenecían al pueblo. Sacó del aparador un cuaderno escrito de su puño y letra en que ella había copiado fragmentos de libros que hablaban de Santorcaz, y me leyó la historia de San Torcuato, patrón del pueblo y de quien deriva su nombre. Era hijo de un legionario romano, Cayo Cornelio, que fue «destinado» a la guarnición de Santorcaz, donde nació el futuro santo, y luego fue enviado a Jerusalén. «Estuvo presente en la muerte de Cristo —dijo la señora María—, era el centurión de que habla el Evangelio». «¿El de la lanzada?», pregunta alguien que estaba allí. Y ella dijo sin más: «No, el otro». El caso es que Cayo Apío, el hijo del centurión, al ver aquello se convirtió y fue bautizado, dijo la señora María, por San Bernabé y luego vino a España con Santiago, siendo nombrado obispo de Guadix. Yo me hacía, tengo que confesarlo, un poquito de lío con las fechas de todos estos acontecimientos. La señora María añadió que hoy el cuerpo de San Torcuato no está en Guadix, sino en Celanova (Orense), aunque en Santorcaz se conserva un cachito de dedo, que se da a besar, como reliquia, el día de la fiesta del pueblo. Este San Torcuato era muy milagroso. Un día le perseguían unos soldados y él derrumbó milagrosamente un puente por el cual ellos pasaban, de manera que los mató a todos.

Las fiestas de Santorcaz se celebran a mediados de septiembre. No falta en ellas la corrida de toros en una plaza formada con carros y remolques, como en tantos otros pueblos de España, durante la que los mozos matan un toro poco menos que a batacazos. En el curso de la semana hay una «noche de mozos» y una «noche de casaos», queriendo esto decir que un «casao» no puede salir la noche de mozos, ni viceversa, so pena de ser perseguido,

Treinta duros da el jefe de producción por actuar de comparsa y los vecinos que ya no trabajan se movilizan «para lo que haga falta». Los jóvenes trabajan en las empresas de Alcalá mientras los viejos agricultores y pastores se concentran por las mañanas frente al bar de Pepe esperando la contrata. A la derecha, el actor que interpreta el papel del alguacil en la serie de Televisión Española.



EL PUEBLO DE LA TELE

atrapado y arrojado al pilón de la plaza. Luego, a modo de martirio, le cuelgan un churro prendido de un hilo en el nacimiento del pelo, de modo que no llegue a atraparlo con la boca.

Con estas fiestas, con sus atractivos históricos y hagiográficos, dada la situación del pueblo, a ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar, y sobre todo por ser «el pueblo de la "tele"», Santorcaz aspira ya al desarrollo turístico. Se han construido algunos chalets, y el municipio prepara hojitas de propaganda para distribuir en Madrid. El señor secretario del pueblo ha escrito unas cuartetas para decir, en verso, las ventajas de Santorcaz. Copio dos de ellas. La primera dice:

*He visto muchos países
y muchos pueblos de mar.
Sólo me queda por ver
la sierra de Santorcaz.*

La otra es más expresiva todavía, si cabe:

*Si tú no puedes dormir,
si tú no puedes cenar,
todo lo tendrás resuelto
si vienes a Santorcaz.*

La señora María, después que me hubo contado la historia de San Torcuato, decía una razón de más peso que las mencionadas por el señor secretario: «Este es un pueblo maravilloso. ¿Ve usted la Puebla Nueva del Rey Sancho? Pues igualito, igualito es Santorcaz». ■ L. C.



Las élites (fuerzas vivas) saben, piensan, reflexionan, analizan y deciden, pero siempre en pro del bien común. Uno de sus miembros, el maestro, simboliza la autoridad científica y la virtud fundamental que aporta es la honestidad.

SANTORCAZ, FICCIÓN

M. Vázquez Montalbán

UN pueblo, naturalmente, castellano. Un pueblo que es en su formalización toda una declaración de principios: arquitectónicamente tradicional, blanco, limpio, luminoso (la lluvia apenas ha hecho su aparición en la serie). Esta morfología ideológica se aplica igualmente sobre los personajes de carne y hueso que son: físicamente tradicionales, blancos, limpios, luminosos. Nada turba el apacible paseo de la mirada del espectador por esta geografía urbana y humana, pulcra y sedante. Ni un papel en las calles, ni un chorro en los rostros, ni una mefena, ni una chaqueta derruida. Hay, pues, una propuesta inicial de pacificación visual. El televidente ha de abandonar toda esperanza de temor o conflicto a las puertas de este simbólico pueblo español. Como luego veremos, los conflictos suelen venir vía forastero o vía **demonios familiares**: siempre tienen un inductor no ligado con los personajes, ideas y estructuras esenciales del pueblo pulcro y quintaesenciado.

En publicidad, toda idea positiva está en función de la idea negativa que aniquila por su sola presencia. Hay colores, gestos, lenguaje físico y humano que son naturalmente negativos: la palabra no, el color negro, el exabrupto hablado o mímico, el desorden de las cosas. Por extensión, otra serie de valores convencionalmente positivos ocupan el lugar de los conven-

cionalmente negativos: el corte de pelo de los personajes masculinos de «Crónicas de un pueblo» —contra la melenidad, las faldas de las protagonistas femeninas, contra la minifalda, la pulcritud normativa de gentes y fachadas—, contra el desorden y la suciedad como protesta primaria. Las formas inmediatas y constantes que sitúan el lugar y los protagonistas se proponen sustituir la tentación del desorden moderno por un orden de manual de urbanidad y moral claretiana.

A continuación hay una descripción funcional de la sociología del pueblo: fuerzas vivas (alcalde, maestro, cura, guardia civil, médico y alguacil-cartero), personajes

complementarios del pueblo (en general, personajes femeninos o comerciantes directamente relacionados con las fuerzas vivas); dos coros, el pueblo como colectividad y los niños como elementos para manipulaciones especiales; finalmente, el forastero, fuente del tema-intriga, del conflicto y base para una conclusión moral prácticamente invariable. Los personajes fundamentales son las fuerzas vivas, los niños y los forasteros. Hay entre ellos un ajuste de repartos en la representación simbólica y valorativa y en la propuesta de mitos para el consumo ideológico del espectador. Veamos algunas equivalencias:

	SIMBOLO	VALOR	MITIFICACION
Alcalde	Autoridad civil	Sacrificio	Bien Común
Maestro	Autoridad científica	Honestidad	Bien Común
Médico	Salud del cuerpo	Seguridad	Bien Común
Cura	Salud del alma	Ultra-seguridad	Bien Común
Niños	Futuro	Ingenuidad a proteger	Futuro
Pueblo	Colectividad	Fidelidad	Bien Común
Forastero	Novedad	Contraste	Vigilancia

El símbolo es una propuesta del emisor (programadores y guionistas) al receptor (telespectadores) de una lectura común.

El valor es algo así como la virtud fundamental que el símbolo aporta al público. La mitificación

es la conclusión ideologizadora que ha de extraer el público de los símbolos valorados y en ejercicio a través de la peripecia de cada episodio.

Las élites (fuerzas vivas) saben, piensan, reflexionan, analizan y de-

ciden, pero siempre en pro del bien común. El pueblo, ingenuo y bueno, pero a veces injusto, debe comprender la coincidencia perpetua que hay con las autoridades en el seno del Bien Común; si no por ellos, al menos por sus hijos, esos niños tan sabiamente manipulados por los programadores-guionistas. En cuanto al forastero hay que aceptarle con la hospitalidad proverbial del pueblo hispano, pero con la natural distancia de un pueblo ya muy avisado por los males de la Injerencia extranjera. A veces, la figura del «extranjero» es realmente la de un extranjero de el extranjero, pero casi siempre el «extranjero» conflictivo suele ser una especie de españoles o muy montaraces. Situado en el punto justo del equilibrio armónico de los hombres y las tierras de España, Puebla Nueva del Rey Sancho es el baremo que mide toda clase de extrajerria: la del español urbano descasado y de espaldas a los valores esenciales y la del español ultra-individualista, saboteador de ríos y ladrón de ovejas o cálices.

Esta hispano-centría que detenta Puebla Nueva del Rey Sancho habla del indudable recelo con el que ciertas gentes presencian el desarrollo de una ciudadanía ligada a los polos industriales del país. Frente a la actitud histórica de la burguesía y el proletariado urbano, los programadores de la serie resucitan un confuso tipomodelo de español agrario que participa de la cultura secular gracias a la televisión, mientras sus relaciones de producción están en el más absoluto misterio (todo el mundo parece pequeño propietario agrario o vive de renta, porque la clasificación laboral no aparece por ninguna parte).

Una sociedad primitiva

Este pueblo quintaesenciado, en el que al parecer no hay emigran-